



Redactores

MAXIMO SOTO HALL
RAFAEL ANGEL TROYO

AÑO II + 2.^a Epoca + NÚM. 3

San José, C. R., 15 de Abril de 1899

Dornröschen

A EMILIO PACHECO



Un aire fresco entraba por la ventana de mi cuarto.

Entre un claro-oscuro en que apenas se adivinaban las cosas, se oían cantar los pájaros y se veían las alondras remontarse al cielo.

El Rhin, de olas opalinas y aguas color verde-azul, pasaba lamiendo las paredes del hotel que me hospedaba. Los engalanados vaporcitos cruzábanle en todas direcciones.

No lejos, y envueltas aún en las brumas de la mañana, se divisaban las torrecillas góticas de la Catedral de Colonia, la gran maravilla de esta ciudad.

Un sol de mayo alumbraba sonriente aquella mañana de verano, día señalado para embarcarme é ir á recorrer las orillas encantadas y llenas de leyendas del Rhin alemán.

Aguijoneado por el deseo de llegar pronto al castillo de *Liebeneck*, del cual se cuenta esta leyenda, mi imaginación sólo veía á la linda Dornröschen, dormida en su lecho de nieve, sin fijarme en los risueños paisajes de uno y otro lado del río, los castillos en ruinas, las aldeas con sus iglesias y la alegría innata de aquellas gentes, que sólo piensan en divertirse. Bonn, Sieben-gebirge, Coblenza y muchas ciudades más quedaron tras de nosotros.

En un recodo que forma el río, hacia la derecha, y allá en lo más alto de una roca de granito que desafiaba las nubes y las tempestades, cual un nido de águila por lo inaccesible, se yergue con toda pompa el castillo de Liebeneck.

El rey Henrich y su esposa Eugenie vivían felices en su castillo, viendo trascurrir las horas, como vuelan las golondrinas. Lo único que turbaba su feli-

cidad de vez en cuando era no tener prole que heredara su ilustre nombre y que llenara con vocécitas de ángeles las inmensas soledades de aquellos vetustos salones.

Un día que Eugenie se paseaba pensativa y distraída, una ranita verde le salió al encuentro y le dijo: «Reina: tus deseos van á cumplirse.»

Algún tiempo después, con motivo del nacimiento de Dornröschen, se celebraba en el castillo una gran fiesta, á la cual fueron invitados todos los vecinos.

Rubia, de blonda cabellera, que descendía en cataratas de oro hasta besar sus pies, y que daba envidia á las espigas de los campos. Ojos color de cielo y de mirar tan puro como el azul nítido de los lagos suizos. Labios purpurinos, tras los cuales asomaban dos hileras de perlas blancas y diminutas. Camelias blancas y rosadas se unieron para formar su delicada piel.

Su rostro ovalado, en donde se veía marcada una expresión de infinita melancolía, evocaba, sin quererlo, las obras maestras de los pintores del Renacimiento.

Gentil y esbelta, como la aparición que visita al poeta en sus éxtasis divinos. Mas que todo humilde y modesta, como las florecillas sin nombre que crecían en los bordes de su ventana gótica. Tal era Dornröschen cuando apenas contaba quince primaveras.

*
**

Uno de los huéspedes que asistieron á la fiesta del nacimiento, había profetizado que la encantadora niña moriría cuando cumplierse quince años. Viendo, sin embargo, que su profecía llenaba de tristeza el corazón de sus amantes padres, les prometió que sólo dormiría por cien años, agregando que para que esto sucediese, se punzaría un dedo con su aguja de bordar.

Una mañana en que Heinrich y su esposa habían salido de caza, Dornröschen subió á uno de los minaretes del castillo para desde allí contemplar al turbulento Rhin, que cual ancha cinta de plata venía serpenteando desde lejanos valles.

La mirada tranquila de Dornröschen, al través de la cual se podía mirar hasta el fondo de su corazón, se perdía detrás de unas colinas, en donde se divisaba el castillo de Stolzenfelds, que habitaba el príncipe Franz.

En una de las esquinas de aquel minarete había una puerta cerrada en la que, hasta entonces, no se había fijado. Dióle vuelta á la llave que estaba en la cerradura y á su vista apareció una viejecita de cabellos blancos, que hilaba una tela finísima.

—¡Madrecita mía! exclamó Dornröschen al mirar la anciana. ¿Quieres que te muestre mis habilidades en el arte de bordar?

La viejecita por toda respuesta entregó bordado y agujas á la doncella. No bien tenía ésta las agujas en la mano, cuando ya se había herido el dedo con ellas.

En el mismo instante un sueño profundo embargó los sentidos de Dornröschen, y juntamente con ella, á sus padres que ya habían vuelto al castillo, á la servidumbre, á los caballos en sus cuadras y aún á las palomas en sus nidos.

Inmensos rosales, zarzamoras y abrojos de toda especie crecieron por doquier, formando una espesa muralla, que poco á poco hizo desaparecer de la vista el castillo.

Bardos y príncipes y entre ellos también el joven Franz, quien amaba en silencio á la princesa de los ojos azules, como él llamaba á su princesita, trataron en vano de penetrar aquella muralla de espinas, donde tan sólo encontraron la muerte.

Aún dormiría la niña encantada de esta leyenda, á no haber sido que al terminarse los cien años, llegó un príncipe que pudo entrar en el castillo, y enamorado de tan bella durmiente, le dió un beso.

Al contacto de aquel beso despertó la virgencita Dornröschen, y con ella sus padres, su servidumbre y cuanto dormía en el viejo castillo.

En medio de grandes fiestas y regocijo se celebró la boda con el dichoso príncipe, quien la hizo muy feliz.

*
* *

Amelia....! Aida....! y muchas más de vosotras, que sois otras tantas como la Dornröschen de mi cuento, pero cuyos corazones duermen aún entre brumas y nieve..... despertad de vuestro sueño, para que cantemos en coro la canción del Amor!

JAJALJIT



PAISAJE POLAR

(Leconte de Lisle)

Un mar de espumas sordas orilla un mundo muerto,
sombria estepa helada de lividos fulgores.
Y, hundiéndose en las brumas del piélago desierto,
navegan desolados los lurtres tembladores.

Letales nublös ruedan por el espacio yerto,
y ruedan en la sombra, con lúgubres clamores,
los ayes y alaridos, que arrancan, sin concierto,
los bóreas á sus roncös clarines aulladores.

Socava el mar hambriento los cabos vacilantes,
en cuyas cimas duermen sus sueños congelados
y rígidos, los dioses de ignotas razas muertas.

Y, canos, cual la estepa que cruzan, van errantes
los osos gigantescos, feroces inebriados,
de cuellos epilépticos y fauces entreabiertas.

MEDIO DÍA

(Leconte de Lisle)

El Sol, rey del estío, llenando el firmamento,
desde el zenit el fuego de su esplendor derrama.
Todo reposa: el aire caldeado y sin aliento,
y el suelo, que dormita bajo la inmensa llama.

Dilátase á la vista la pampa sin umbria,
que agrieta seco el cauce donde bebió el ganado;
y, allá, en el horizonte, dibújase sombría
la selva, en su reposo inmóvil y callado.

Sólo los altos trigos—dorada mies madura
que el ancho mar desata de su espigada tropa,—
la siesta desdeñando del suelo y de la altura,
beben del Sol radiante, con avidez, la copa.

A veces, como un sople de ola se levanta
de aquel fecundo seno, que con rumor suspira;
y rueda en las espigas la ola, y se adelanta,
y en el brumoso lince del horizonte espira.

No lejos, blancos bueyes sobre las mies reposan,
y, en rumia lenta, vierten la liufa en sus papadas;
y de sus grandes ojos, que en dulcedumbre posan,
lánguidamente ruedan ensueños y miradas.

Mortal! Si el campo cruzas que esplande al medio día,
y el alma tienes llena de dicha ó de amargura,
húye—naturaleza, de tu pasión vacía,
tan sólo siente el fuego del astro que fulgura.

Mas, si de goce ó llanto, tu corazón hastiado,
y de piedad ó encono, sediento del olvido
quisieras, en reposo profundo, abandonado,
dormirte en un deleite, jamás por tí sentido,

vén, y la voz escucha del Sol, la voz sublime;
y deja que te absorba su resplandor sin calma,
y torna lento al valle de la ciudad, que gime;
impresa siete veces la nada eterna en tu alma.

LOS ELEFANTES

(Leconte de Lisle)

El yermo rojo de infinita arena
al sol relumbra cual dormido oceano;
y, en sombra cobre, el horizonte llena
el humo espeso del aduar lejano.

Nada respira....En ignorada gruta
el león sueños ardorosos duerme;
y, huyendo el rastro á la pantera astuta,
bebe en el lago la girafa inerme.

Ni un ave pasa que, batiendo el vuelo,
refresque el aire que se incendia en llama:
torpe, ó dormido, en el caliente suelo,
ondula el bóa su brillante escama.

Tal reverberan al espacio abierto
y dormitan los médanos distantes,
cuando cruzan, viajeros del desierto,
hacia el valle natal, los elefantes.

En mole negra, del confin avanzan,
surcando el polvo que al espacio avientan;
y si la duna movediza alcanzan,
hiéndenla, y firmes la pisada asientan.

Delante va el más viejo:—su cuerpo es como el tronco
que agrieta y ennegrece la injuria de la edad;
cual roca es su cabeza; y el espinazo bronco
ya enarca, ya distiende con ruda agilidad.

Él es el jefe, el guía que el derrotero marca
y el paso del camino, en lenta marcha igual:
la peregrina tropa, detrás de su patriarca,
pasa, dejando huella profunda en el erial.

La oreja en abanico; la trompa entra los dientes;
los párpados dormidos; el vientre en convulsión,—
así, bajo el zumbido de tábanos ardientes,
caminan, dando al aire brumosa exhalación.

Mas, qué la sed, qué importa, ni qué el voraz insecto?;
qué puede en su piel dura la radiación solar?...
Mientras caminan sueñan, en deleitoso afecto,
con la nativa selva do van á descansar.

Verán de nuevo el río que de los montes brota,
verán al hipopótamo mujiente el agua hender;
veráanse en los remansos en que la luna flota
en medio á los juncuales, donde iban á beber.

Y así, soñando, pasan en trote igual y duro;
en linea negra cruzan la ardiente inmensidad;
y, cuando allá se pierden, en el confin obscuro,
recobra el yermo triste su inmoble soledad.

CÉSAR BORJA.

1892

La carta de América

(DE «DIJES NUEVOS»)



EN la pequeña terraza que daba al jardín esperaba impaciente Mimí.—Cada momento se ponía de puntillas, alargaba el cuello, como lo haría una garza y miraba por sobre las plantas, hacia allá, hacia la calle.

¡Oh, qué tormento esperar! Ya el tren había llegado y no se veían todavía pupular á los muchachos de uniforme gris y de balija roja. ¡Oh la balijita roja! portadora de tantas esperanzas y de tantas alegrías.

Y Mimí se moría de impaciencia pensando en la cartita de color azul, que le debía llegar aquella mañana. Esa misiva del alma que tan lindas cosas le diría de su novio ausente y que hacía ya tres meses esperaba con locura.

¡Cuántas veces en sus sueños de enamorada y desde que Roberto se había marchado á América, se veía abriendo con sus besos aquella carta que ella guardaría en el seno y cerca, muy cerquita al corazón enfermo!

Qué fastidio! El mensajero no llegaba, y el tiempo con sus miles de minutos se iba haciendo interminable, interminable.

De pronto gritó alegremente y batió palmas, como si hubiese aplaudido en el teatro la aparición de una bella diva: era el cartero de uniforme gris y balija roja que venía dando al aire la señal con su silbato.

¿Carta para mí, muchacho? gritó con impaciencia Mimí.

—Si señorita, y con sellos de América.....

Oh, qué guapo eres y que cumplido, le dijo en el colmo de su entusiasmo, y tomando de manos del mensajero el sobre de marcas negruzcas, lo apretó contra sus labios y con mano temblorosa abrió el papel.

Entretanto el cartero, aparentando arreglar su correspondencia, seguía, con ávida mirada sus movimientos.

Y leyendo!—Sí, carta de Roberto....y tras una breve pausa estalló en un grito de cólera, rasgó la carta en mil pedazos y con el llanto en los ojos se lanzó sobre el pobre muchacho, que asustado miraba la escena, y le arrojó sobre la cara el puñado de pedacitos de papel, exclamando:—Anda bribón, que como él sois todos vosotros los hombres: inconstantes y mentirosos.

RAFAEL ANGEL TROYO

Imilda Lambertazzi

(LEYENDA ITALIANA)

Vosotras, que sois todas poesía,
me pedís unos versos ¡quién diría!
¿Os gustan las leyendas romanescas
de bravos y de apuestos caballeros;
las justas pintorescas
de jóvenes guerreros;
os encanta ese idilio
de Julieta y Romeo;
las espléndidas fiestas del torneo;
las citas y los duelos,
allá á la media noche, á la dudosa
y tenue luz de la apacible luna,
y esos cuentos é historias peregrinas
de que la vieja Italia está poblada?...
—Pues voy, hermosas, á contaros una,
que en mi alma honda impresión dejó grabada.

Imilda Lambertazzi, graciösa
y noble niña boloñesa, había
con Bonifacio Gieremei amores,
no obstante los rencores
que ha tiempo á sus familias dividia.

En adorable cita sorprendidos
por dos de los hermanos de la joven,
apenas ella pudo
apresurada huir, no así el donoso
y esforzado doncel, que en lucha cruenta
herido, agonizante,
cayó por fin rendido á los certeros
golpes de sus aceros.

Al trágico lugar corre al instante
la bella enamorada,
dó encuentra aún palpitante—
lívido el rostro y desangrado el pecho—
el exánime cuerpo de su amante.

Por la pasión inmensa alucinada,
su sangre en vano restañar ansia,
apligando los labios á las hondas
heridas, y absorbiendo
la que en su pecho destrozado había.

Mas ¡ay!, al despuntar el nuevo día,
á la hechicera Imilda infortunada,
también rígida y yerta,
hallóse al lado de su amante muerta,
que implacables y fieros sus hermanos,
en sus odios mortales,
envenenado habían
las hojas de sus pérfidos puñales!...

EMILIO PACHECO

Tema antiguo

(A MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO POETA DON EMILIO PACHECO).

Yo quisiera del inclito guerrero
Las coronas tejidas de laurel,
Y de tu amor rendido prisionero
Colocar mis coronas á tus pies.

Tener quisiera heráldicos blasones
De San Fernando herencia ó de San Luis,
Que realizaras tú mis ilusiones
Y en cambio yo te ennobleciera á tí.

Con perlas, esmeraldas y diamantes
Y rubies, topacios y turquesas,
Quisiera hacer con arte, rutilantes,
Para tu frente virginal, diademas.

Quisiera ser, naciendo la mañana
Envuelta en oro, en nácar y en azul,
La rosa que ornamenta tu ventana,
Y que su aroma lo aspiraras tú.

Ser lágrima pendiente en tus pestañas,
Un suspiro emanado de tu pecho,
La fuente cristalina en que te bañas,
La errante brisa que te imprime un beso.

Pájaro ser de armónicos arpegios
Y en jaula de oro junto á tí cantar;
Tener palacios y salones regios
Y en ellos darte venturanza y paz.

Quisiera tus balsámicos efluvios,
Loco de amor en mi pasión beber;
Ser flor prendida en tus cabellos rubios,
Musgo que humillas con el leve pie.

Yo quisiera la voz de los cantores
De Laura, de Leonor y de Beatriz,
Y formar con mis cánticos de amores
Una inmortal corona para tí.

Mas nada puedo, misero poeta,
A tus altares célicos llevar;
Y arrastras tú mi fantasía inquieta
Como á una arista el rápido huracán.

R. MACHADO JÁUREGUI

San José de Costa Rica 1898.

SR. D. MÁXIMO SOTO HALL.

Inspirado poeta:



o sé cómo agradecer á Vd. el expresivo testimonio de simpatía literaria que en su carta abierta me envía del otro lado de los mares, ni cómo encarecer el deleite con que he leído su hermoso poema, flor tropical de tiernas y apretadas hojas, salpicada de lágrimas por el estallido tormentoso de la pasión humana.

Propendió la musa americana en sus comienzos á cierto desenfreno colorista, á cierta morvidez y exuberancia llamativa, de que va purificándose al pasar de la adolescencia á la juventud; y buena prueba de ello es el poema de Vd., cuya lozanía, reflejo de esa espléndida naturaleza, no afecta al ágil movimiento de las estrofas, ni á la esbeltez de los contornos, ni á la armoniosa tonalidad del conjunto.



Lálage

DE «POEMAS Y HARMONÍAS».

En el festín, mancebas y patricios
procuran olvidar la angustiada sorda
que entre la podredumbre de los vicios
del corazón de Roma se desborda.

Brilla el cielo purpúreo de la tarde;
el Tiber imperial la quinta besa
donde en placeres crapulosos arde
la turba, en torno de la rica mesa.

Labios que beben en doradas copas,
cuerpos que caen de Falerno ahitos,
lujuria, desnudez, flotantes ropas,
besos, flores y cánticos y gritos.....

Y en medio del placer y el desfreno
está Mevio callado y pensativo,
á la algazara juvenil ajeno,
á las caricias del amor esquivo.



Sentándose á sus pies, Lálage hermosa,
—¿Que tienes?, le pregunta, ¿Por qué callas?
¿Que pensamiento abrumador te acosa?
¿Con que sombra fatídica batallas?

¿Te asusta que Nerón me haya mirado
codicioso, tal vez? ¿Temes que, inerme,
sea mi cuerpo sin piedad violado,
sin que pueda tu mano defenderme?

Son recelos de niño..... Si la hiena
olfatea mi rastro,..... este es mi pecho;
ahí está tu puñal: hiere sin pena,
y arrástreme Nerón hasta su lecho.—

Mevio, que es un cerebro que se inflama
ó se apaga, en la brusca alternativa
de su fuego interior, movable llama
que arde tan pronto abajo como arriba,

ante este arranque, de Lucrecia digno,
sonrió con equívoca mirada,
y la mano pasó, grave y benigno,
por los negros cabellos de su amada.

—Si, le responde, en el tirano pienso;
pero no has de morir. Quiere tu suerte



que á Roma salves del oprobio inmenso.
Entrégate á Nerón, y dale muerte.

Me duele que esa boca y ese busto
de náyade gentil, su carne abraze;
me duele, sí, que el huracán augusto
sobre la flor de tu belleza pase.

Mas fuera en mí puerilidad y crimen
que, avaro de tu cuerpo, malograra
la ocasión de aliviar á los que gimen
que el Dios de la venganza nos depara.

¿A qué disimular? Perdi la cuenta
de los otros amantes que has tenido.
Bien puedo ver mañana, sin afrenta,
que una hora Nerón tu amante ha sido.

Una hora: la última... Sucede
al hartazgo brutal, sueño profundo.....
Entonces, en su boca verter puede
tu mano el filtro que liberte al mundo.

El morir de vejez ya no se estila.
¿Conoces á Locusta, la hechicera,
que abrasadores tóstigos destila,
como aquel que Británico bebiera;

como aquel cuyas huellas descubría
la lluvia, destiñendo su semblante,
mientras cruzaba el féretro la vía,
en medio de la plebe sollozante?

Ya por el escarmiento aleccionada,
Locusta sus brebajes elabora
como place á Nerón y á mí me agrada:
que maten sin dejar huella traidora.....

Nerón, piadoso príncipe! ... Paulina
se dispone á seguir á su marido
abriéndose las venas, y camina
á la tumba con paso decidido.

Y lo sabe Nerón, y, acongojado,
la hace retroceder, y como sombra
escuálida, Paulina, que ha vaciado
la mitad de su vida, nos asombra.

Tal es el alma de la raza nuestra,
que entre el ser y el no ser suspensa vaga,
cual la viuda de Séneca, siniestra
visión de lo que fué, luz que se apaga.....

¿Quién, respirando en paz, logra que fluya
su vida en ondas claras y serenas?
¿Quién sabe si mañana será suya
su heredad ó la sangre de sus venas?

¿Quién sabe si en el vaso donde moja
sus labios ó en el aire que respira,
está la baba, el hálito que arroja
ese verraco tañedor de lira?

Porque las flores den más grato aroma,
abona de cadáveres la tierra;
á su madre asesina, incendia á Roma,
el vientre aplasta que su prole encierra.

Harto de hollar bellezas femeninas,
su boda con Pitágoras consume,
y le guardan las águilas latinas
que con el peso de su lecho abruma.

Como si el mundo, imbécil y pasivo,
no supiera que el hilo de esa vida
pende no más del brazo vengativo
que ha cortarlo de un golpe se decida;

cual si á las potestades del Infierno
y el Cielo, sorprendiendo aletargadas,
hubiese arrebatado el cetro eterno,
las armas y centellas afiladas;

un hombre solo á todo su linaje
viola, con sanguinaria calentura,
sin que el rayo de Júpiter le ataje,
sin que el mundo reprima su locura.

Pero el rayo de Júpiter esconde
el filtro que te doy. No me aventuro.
¿Juras matar al César?—Y responde
la liberta gentil—Matarlo juro.—

.

Y la culta ciudad de los romanos
alumbra el sol, un día y otro día;
y allá, leyendo versos ovidianos,
sueña, en su nido, Lálage sombría.

Garza que al buitre del Olimpo espera,
siente curiosidad, terror y anhelo
de ser cogida por la garra fiera
y de probar el vértigo del cielo.

Ante el espejo su plumaje alíña,
y se acicala y peina, cuidadosa.
Quiere abatir al ave de rapiña,
pero desea parecerle hermosa.

Y pensando en Nerón, Lálage duda
si la engañó su instinto, porque pasa
un día y otro día, sin que acuda
el mensaje á la puerta de su casa.

Pero una noche se detuvo, al cabo,
delante de su puerta, una litera;
y dijo, requiriéndola, un esclavo,
con sigilosa voz: «Nerón te espera»

Y la respiración casi le falta
al oír el mensaje soberano,
y ella misma no sabe por qué salta
su corazón, que oprime con la mano.

Y se deja llevar, como en esquife
que empujan blandamente las sirenas,
á estrellarse en incógnito arrecife
ó á playas luminosas y serenas.

Cruza la calle tenebrosa, el puente
sobre el Tiber, el pórtico sonoro,
y ve la estatua de Nerón en frente
de las columnas del *Palacio de oro*.

Mira enlodarse el zueco y el coturno,
surgir al aire libre, sin misterio,
las sombras del delirio taciturno
de la enorme cabeza del Imperio.

Y en la litera conducida, llega
hasta el fondo de obscura mancebía,
donde la hez de Roma se congrega
á celebrar la neroniava orgía.

Entre ramerás, mímicos é histriones,
hercúleo mocetón la lira suena,
y le corean hembras y varones,
imitando el zumbir de la colmena.

Belleza femenil, fuerza de toro,
sólo él á esas impúdicas mujeres
que derrocharon el vital tesoro
puede resucitar á los placeres.

La cítara de pronto le da tedio,
se arremanga la túnica de esclavo,
y paséando la mirada, en medio
de la canalla vil, con aire bravo.

—Ea, probemos: á bregar conmigo
(le dice á un gladiador ó saltimbanco).
¿No vienes á luchar? Haz lo que digo,
ó esas orejas de lebrete te arranco.—

Y se abrazan los dos, y forcejean
cual troncos agitados por el viento,
y sus hinchadas venas azulean,
y al suelo van con ímpetu violento.

Implorando perdón, cae de hinojos
el vencedor, y el otro, jadante,
ruge, y oculta el fuego de sus ojos,
enjugando el sudor de su semblante.

Su frente no ciñó, cual otras veces,
de fresco lauro ni de flores tiernas,
y su labio quizá manchan las heces
del ventrudo tonel de las tabernas.

Pero esa misma boca tiraniza
el orbe entero, de su voz pendiente,
y la estirpe cesárea diviniza,
como fulgor olímpico, su frente.

Dice á la turba disoluta:—Idos
y dejadme con Lálage. Ya es hora
de que regale un poco mis oídos
la música de amor, dulce y sonora.—

A media luz, del aposento dueño,
con Lálage se queda; y silenciosas
pasan, ante el triclinio, como un sueño,
ninfas sin velo, derramando rosas.

Es el emperador. Por él decae
entre la gente noble la costumbre
de morir cual la fruta que se cae
del árbol por su propia pesadumbre.

Amigo de cortar lozanas vidas,
esquilma el árbol de su propia raza,
que, al callado fluir de sus heridas,
enrojecer el Tiber amenaza.

Pero su misma auréola sangrienta
á Lálage fascina y enloquece;
y en brazos de Nerón, no se da cuenta
de si quiere á Nerón ó le aborrece.

Frágil majer, la pobre no sabía
que á la lógica humana no se asusta
la realidad del mundo en que vivía,
y la imprevista realidad la asusta.

Tiembla pasiva y arrullarse deja,
y en su aturdido y loco pensamiento
ve la imagen de Mévio que se aleja
como bruma barrida por el viento.

Llena su corazón de acre delicia
sentir trocado en céfiro liviano
el huracán augusto, la caricia
de la garra de tigre del tirano.

Y en medio del turbión que la enagena,
si un instante su espíritu consulta,
siente un impulso que á Nerón condena
y otro más poderoso que le indulta.

¿Por qué? Ni ella lo sabe, ni á sí mismo
puede medirse el corazón humano,

que es en el hombre tenebroso abismo,
y en la mujer impenetrable arcano.

Las horas vuelan, el delirio crece.
Si á recordar el juramento acierta,
como sobresaltada se estremece
la flaca voluntad de la liberta.

Pasa la fiebre de Nerón. Sucede
al hartazgo brutal sueño profundo.....
Lálage, entonces, en su boca puede
verter el filtro que liberte al mundo.

Mas no será. Dominador del orbe,
su poder al espíritu se extiende.
Mevio no existe ya. Nerón la absorbe.
Lálage de si misma le defiende.

«Porque las flores den más grato aroma,
abona de cadáveres la tierra.
A su madre asesina, incendia á Roma,
el vientre aplasta que su prole encierra.»

No importa: ella le ama; si, le ama
y le despierta y se lo dice todo,
abriendo el corazón que se derrama,
desfallecido, trémulo, beodo.

—Yo te amaba, creyendo aborrecerte;
yo te adoro, señor, yo soy tu esclava.
Tú eres el grande, el luminoso, el fuerte;
en tí mi vida empieza, en tí se acaba.

Tú eres la nube que tronando vuela;
yo soy la gota que, al pasar, recoge.
Tú eres el mar, yo soy la piedrezuela
que espera que la arrastre y que la moje.

La piedrezuela soy que el mar halaga
al llegar á la playa bonancible.
¿Qué me importa si el mar mundos se traga
en sus horas de cólera terrible?

¿Qué me importa saber si alguna gota
de sangre del bajel hecho pedazos,
en esa espuma delirante flota,
que me hace enloquecer con sus abrazos?

Impura meretriz, era mi pecho
virgen en la región más escondida.
Exhausta me creía, cuando has hecho
brotar en él la fuente de la vida.

¡Y envenenarte quise, yo que diera
mi vida por salvarte!... Aquí te entrego
el filtro abrasador de la hechicera.
Quise abrasarte, y me devora el fuego!—

Restrégase los ojos, indolente,
y se incorpora el hijo de Agripina,
y el pomo que le dan, maquinalmente,
con soñolientos ojos examina.

Pero su cobardía le despierta.
Salta cual buey del tábano picado.
—¿Quién te lo dió?—le dice á la liberta,
mirándola, medroso y azorado.

—Habla, ¿quién te lo dió?—
Cual si esta frase,
que repentina claridad destella,
á Lálage de un sueño despertarse,
Mevio, pujante, resucita en ella.

¡Delatarlo! Jamás. Él la ha impelido
á esta pasión, desamorado y ciego;
pero en aquel instante, sumergido
en un mar de piedad, se apaga el fuego.

El silencio de Lálage exaspera
la pavora del César, que imagina
que el abortado plan empresa era
de algún partido que su trono mina.

Y al cogerla Nerón, con fuerza ruda,
por la garganta, su dolor reprime,
pálida y aterrada, pero muda;
como la estatua del dolor, sublime.

—¿No me conoces, vibora traidora?
¡Mírame, soy Nerón! Yo te prometo
que á conocerme vas. Esa es tu hora.
¿Quién te ha dado este filtro?

Hablas... ó aprieto.—

Una suprema fuerza la constriñe
á enmudecer aún, ante la ira
que con mano brutal su cuello ciñe
y con ojos famélicos la mira.

No habla. Nerón aprieta. El rostro yerto
tórñase azul, vidriosa la mirada,
y rueda por el suelo el tronco muerto
de la infeliz mujer estrangulada.

JUAN ALCOVER.

Bizantinos

RENÉ GHIL



POETA exquisito y raro, mezcla de una imaginación fogosa y de un espíritu extravagante, delicado y femenino en la frase y psicólogo en el fondo.

Procedente de las campiñas de Deux-Sevres, nació en Tourcoing, y oriundo de español, como casi todos los flamencos, tiene en las venas la cauda de sangre hirviente del meridional y en su cerebro la fría sagacidad del belga. Su origen literario—como el de casi toda la juventud francesa—viene del magnate del rito, del emperador de la música y del color, Carlos Baudelaire.

Y Ghil, bonzo de la religión más destiladamente artística, fundó la escuela instrumentista-colorista, sosteniendo con Arthur Rimbaud larga discusión sobre el color en las vocales, asegurando Ghil que la A es negra, tiene sonido de órgano; E, blanca, arpa; I, azul, violines; O, roja, cobres; U, amarilla, flautas.

Completando el tratado, asignó á las sílabas IÉ, IE, IEU, sonidos de violines; OU, IOU, UI, OUI para las flautas; AÉ, OÉ, Y IN para las arpas; OI, IO, ON para los cobres; IA, ÉA, OA, UA, AN, OUAN para los órganos.

Stephane Mallarmé, su buen camarada y maestro, le prologa el célebre *Tratado del Verbo*, libro que hizo una revolución en las sendas filosóficas por un contenido observador y en las capillas modernistas por su lenguaje pulimentado y terso, como esas corazas florentinas que usaban los gallardos caballeros Visconti.

Decadente y simbolista, ya en la vagabunda lección de Verlaine, como en la oscura y briosa de Mo-

reas, sus trabajos fueron valientes y de alto renombre literario. En 1884 apareció el *Livre d'essais*, que bajo el nombre de *Legendes d'Ames et de Sang*, anunció en un prefacio una vasta obra poética, que intituló *Legendes de Réve et de Sang*, dividido en seis libros, de los cuales, el primero, *Le meilleur devenir*, es una explicación y también una reconstitución del mundo paleontológico.

El libro II se titula *Le Geste ingenu*, es «una serie de instrumentados, distintos, pero lógicamente ligados entre sí, para que el libro sea *uno* en la obra *una*».

A esta primera obra seguirá otra, en la cual *la raison cherchée de l'Être humaine*, pasará á *la raison cherchée de l'Humanité*.

Enjuto, de cara seca y cetrina, alborotado el cabello; los ojos negrísimos, chispeantes en sus cuevas oscuras; la boca estrecha y aguzada; el bigote fino y pronunciado, y la frente ancha y carnosa, como portada límpida de la gran obra de su cerebro, va el autor de *Improntu* salvando su eufónico nombre del olvido, y grabándolo en el libro de su siglo y en la historia literaria de su Francia, donde se une á los de Baudelaire, Corbiere y Verlaine.

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS



CUENTOS DE COLOR.—Así se llama un precioso libro de Díaz Rodríguez. No es fácil echar en olvido al autor de *Confidencias de Psiquis*, *Mis Romerías* y *Sensaciones de viaje*. Es un literato de alto vuelo y uno de los artistas más notables que tiene Venezuela en el campo de las letras. *Cuentos de colores*, así se llama su libro. Debe haber en él átomos del iris, irradiaciones de auroras boreales. Color, color, precisamente es lo que sobra á Rodríguez. Su paleta polieroma tiene todos los tintes, todos los medios tintes, todos los tonos. Sus claros-oscuros son admirables y sus sepias deliciosas. No dudamos que su último libro debe ser un joyel, donde el brillante con sus fulgores varios, el rubí con sus tintes de sangre, el zafiro con sus tonos de cielo, el ópalo con sus vaguedades de agenjo, y todos los tesoros que la tierra guarda en sus entraños, deben hallarse allí. Oportunamente daremos nuestro juicio sobre esta obra.

MOVIMIENTO.—En la América del Sur se trabaja hoy mucho. Revistas literarias, libros, folletos, publicaciones de todas clases aparecen de día en día en las distintas ciudades de Sud América. Sin embargo, Centro América reposa. De aquella época en que comenzaban su carrera literaria, y movían el catarro, Rubén Darío, Vicente Acosta, Francisco Gavidia, Alberto Masfe-

rrer, Máximo Soto Hall, Aquileo Echeverría, Enrique Gómez Carrillo, Emilio Pacheco y tantos otros, hoy nada nos queda sino unos cuantos jóvenes inteligentes, pero faltos de apoyo, y que no se atreven á luchar con el positivismo que nos rodea. No parece sino que con la última generación literaria se fueron para nosotros los bellos ideales de la literatura.

CUENTOS DE MENDEZ.—Con gran acierto y galanura acaba de traducir José Alberto Zuloaga algunos de los más bellos cuentos del delicado Mendéz (Monsieur Catulle). Esas deliciosas confituras que con tanto placer paladean los parisienses, han sido lindamente vertidas á nuestros moldes españoles por el joven escritor mejicano, sin que hallan perdido su exquisito sabor.

«TROVADORES Y TROVAS.»—Por Blanco Fombona tenemos cariño desde la primera vez que llegó á nuestras manos uno de sus trabajos, publicado en *El Cojo Ilustrado*. En medio de muchos artículos y muchos nombres está el de él, que imprime carácter especial.

Es uno de esos poetas nacidos para la consagración del arte y á quienes la fama lleva ya en su carro volador.

«Trovas y Trovadores» es un libro todo poesía.

Hay allí mármoles gallardamente cincelados, y flores bellas, exóticas, que esponjan sus corolas en jarrones de delicada porcelana. Pronto dedicaremos algunas páginas á ese libro que con tan fina dedicatoria nos envía el autor.

AMORES TRÁGICOS.—Publicamos en el presente número una carta que el notable poeta don Juan Aleover dirige á don Máximo Soto Hall con motivo del aparecimiento de su último y precioso poema: *Amores Trágicos*. Esa carta, no sólo por ser de quien es sino por los justos elogios que hace del poeta y de dicha obra, es altamente honrosa para nuestro querido amigo Soto Hall, á quien por tal motivo felicitamos.

LUCIÉRNAGAS.—Sabemos con placer que un ilustre ciudadano, amante fervoroso de nuestro progreso intelectual, trata de llevar á cabo la publicación del libro de versos de nuestro colaborador el poeta don Emilio Pacheco. Aplaudimos esa laudable idea y la celebramos por las patrias letras.

LÁLAGE.—Publicamos también en este número la hermosa inspiración del señor Aleover: *Lálage*, para que nuestros lectores, que no conozcan al poeta de Mallorca, puedan juzgar de sus merecimientos.

HARMONÍAS.—Sabemos también que don Rafael Angel Troyo, Redactor de esta Revista, quien, además de rendir culto á la gaya literaria, es amante ferviente del divino Arte, dará á luz, dentro de poco, algunas de sus preciosas composiciones musicales. Lo celebramos.

EL CRONISTA.

CONDICIONES

PINCELADAS se publicará mensualmente, en cuadernos de 16 páginas.

Sus columnas se consagrarán con preferencia al fomento y propaganda de la Literatura Nacional, y registrará en sus páginas el movimiento literario y artístico extranjero.

PRECIOS:

Trimestre	§ 1.00
Número suelto	» 50

La correspondencia literaria se enviará al señor don RAFAEL ANGEL TROYO, y la administrativa á don AGUSTÍN IGLESIAS.

Se admiten suscripciones en la librería de la señora v. de Lines.